

GALLINERO BANANERO

Luis Bouza-Brey

Comentario a "Hablar es gratis", de Luis Ventoso.



Tenemos un sistema político en el que a la inexperiencia democrática se suman unos mecanismos de representación que reclutan a los peores e

inducen una configuración de la cultura política irracional, repleta de mitos obsoletos y de actitudes y comportamientos miopes y frívolos. Si a ello le añadimos el pegamento viscoso de un golpismo reiterativo, un buenismo recalitrante y estúpido y un garantismo suicida, la resultante es la que tenemos, una vida política errática, incapaz de enfrentarse a las grandes crisis nacionales, y similar a un gallinero alborotado y cacofónico, en el que los actores se entremezclan en un barullo caótico y ruidoso, carente de más sentido que el de la impotencia gritona.

Rajoy sí es culpable, pero no de no llegar a un diálogo y un pacto con los golpistas, sino de no responder con contundencia a un golpe evidente, al no dejar tiempo al desarrollo ordinario del ritmo judicial de aplicación de la justicia, con el acortamiento del plazo de realización de elecciones productor de una situación confusa de golpistas candidatos electorales; al dejar indemne el aparato de propaganda golpista; al permitir que el descontrol financiero de la Generalitat siga facilitando recursos al golpismo; al actuar, en fin, con un apocamiento cobarde en la respuesta al golpismo y sin un plan de respuesta y Regeneración articulado.

Claro es que ni el PSOE, ni PODEMOS, ni CIUDADANOS, han dado la talla, en la respuesta a una crisis de Estado mal asumida y mal tratada, transformándose por activa o pasiva en actores coadyuvantes del golpismo. A uno le parece evidente que con esta clase política, de tarugos delirantes y alfeñiques ineptos, el país tiene muy difícil superar la crisis terminal del sistema, quedando como única esperanza que Rivera y CIUDADANOS corrijan errores, asienten contundencia y coherencia y sean capaces de convencer a los españoles de que, como en 1977 y 1982, ellos pueden ser el actor de una terapia regenerativa y de salvación nacional capaz de evitar el hundimiento.

Perolo que parece evidente es que, si se puede superar con rotundidad el bache, la crisis de Estado sólo podrá tratarse y resolverse con cambios del sistema electoral, racionalización y cierre del sistema autonómico,

modificación de las leyes progolpistas, y racionalización y revitalización de la cultura política del país, a fin de sustentar un proyecto global de Regeneración viable.

HABLAR ES GRATIS

LUIS VENTOSO, ABC, España 6 abr 2018

Falta el primer buenista que concrete cómo reconduciría a los separatistas

COMO el puntual polen primaveral que fustiga a los alérgicos, retornan los equidistantes. Son los buenistas españoles, que reparten la responsabilidad del golpe separatista entre los sediciosos que lo promovieron y el Gobierno que los frenó y derrotó. Eminencias del derecho; popes de la comunicación ya de salida; el politólogo y defensa central Piqué; tertulianos y presentadores catalanes de alma nacionalista, pero que se forran en Madrid sin angustia alguna; el gran Sánchez, los líderes comunistas que esperan mellizos... todos comparten tesis: la mitad de la culpa del problema independentista es

del Gobierno, más exactamente del inmovilismo de Mariano, incapaz de salir de su letargo y hacer una oferta política.

Estupendo. Solo hay un problema: falta el primer buenista capaz de concretar qué se puede ofrecer a los separatistas para que acepten a España y su legalidad. El pope del periodismo calla. Sánchez tiene su bálsamo de Fierabrás: un Estado federal y un Senado reconvertido en Cámara territorial. Pero eso es como decir que si te ataca un rottweiler enrabiado puedes pararlo dándole una bolsa de pipas Facundo. La solución del futbolista Piqué y de los futuros padres de mellizos es sencilla: admitamos el referéndum de independencia. Tal hipótesis supone poner en suspenso la Constitución y tender la alfombra roja a la ruptura, pues los independentistas seguirían convocando consultas y solo considerarían definitiva aquella que ganasen. Por último, toda propuesta que apunte a premiar a Cataluña todavía con más dinero, inversiones y privilegios supondría un agravio insoportable para otras regiones.

Entonces, ¿qué queda? Tan solo dar de frente la batalla política y cultural contra el nacionalismo. Defender que la unión entre españoles es mejor que una división supremacista. No apearse de la ley. Desmontar el aparato de presión del separatismo, que empieza en la escuela y continúa con la televisión y la policía autonómica. Lo razonable sería detener el adoctrinamiento en TV3, reformar la ley para situar a los mossos bajo la autoridad permanente de Interior, pues se han revelado como una policía política; recuperar la libertad de estudiar –y rotular– en español, y mantener el 155 mientras los separatistas sigan choteándose de leyes y jueces, como ayer mismo en el Parlament.

Pero no caben ilusiones. Tras el revés de ayer con la liberación de Puigdemont, hoy mismo escucharemos al progresismo poniendo a parir al juez Llaurena y exigiendo la liberación inmediata de los golpistas. Españoles acomplejados, incapaces de recordar algo tan sencillo como que en España las decisiones judiciales no las toma Alemania, sino nuestros magistrados en

conformidad con nuestras leyes. El tanto que se anotó ayer el separatismo en la corte alemana invita también a lamentar, una vez más, la deficiente labor de la diplomacia española en la batalla internacional de la imagen y los grandes medios foráneos. Basta escuchar treinta segundos a nuestro peculiar ministro de Exteriores para entender que muy persuasivos no podemos resultar.